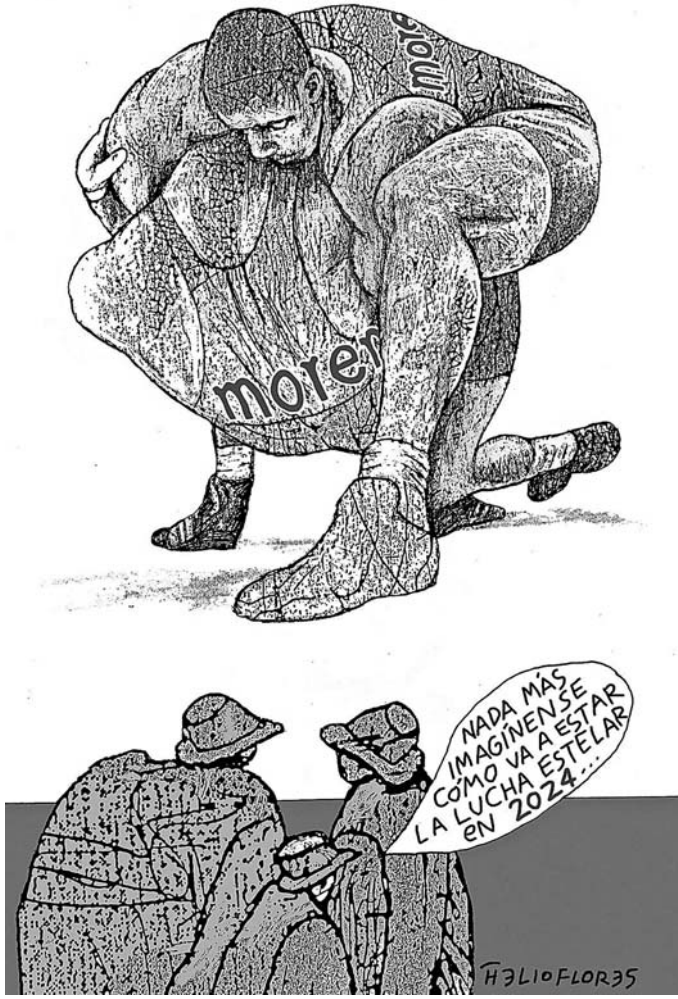


LUCHA PRELIMINAR

Denise Dresser



Moises Naim

¿Es inevitable una guerra entre Estados Unidos y China?

Tucidides, un ateniense que vivió aproximadamente 400 años antes de Cristo (a. C.) fue un mal general y un buen historiador. Su Historia de la Guerra del Peloponeso relata la conflagración que estalló entre Esparta y Atenas en el siglo V antes de Cristo.

Basándose en su estudio de las causas que llevaron a Atenas y a Esparta a la guerra, Tucídides mantiene que es difícil que una potencia en pleno auge, en ese caso Atenas, coexista pacíficamente con la potencia dominante, que en ese caso era Esparta. Graham Allison, profesor de la universidad de Harvard, ha popularizado este concepto llamándolo “la trampa de Tucídides”. Allison estudió 16 situaciones ocurridas en los últimos 500 años en las cuales surge una nación con la capacidad de competir con éxito con la potencia dominante. En 12 de estos 16 casos el resultado fue la guerra.

Todo esto tiene profundas implicaciones para nuestro tiempo y ese es el tema del reciente libro de Allison: Destinados a la guerra: ¿Pueden América y China evitar la trampa de Tucídides? Según él, “de continuar el rumbo actual, el estallido de una guerra entre los dos países en las próximas décadas no solo es posible, sino mucho más probable de lo que se piensa”.

El libro del profesor Allison no es el único que alerta sobre las consecuencias del auge de Oriente y el declive de Occidente. Gideon Rachman, periodista de Financial Times, ha escrito un libro titulado Easternization, refiriéndose a la orientalización del mundo. Su mensaje central es que está llegando a su fin la ascendencia internacional que han tenido por varios siglos las potencias occidentales, concretamente Estados Unidos y Europa. De acuerdo con Rachman, el centro de gravedad del poder mundial residirá en Asia y, más concretamente, en China. A Bill Emmott, exeditor de The Economist, también le preocupa el destino de Occidente y así titula su nuevo libro. El aumento de la desigualdad económica que están sufriendo los países de Occidente y los problemas políticos que esto ha acarreado preocupan a Emmott: “Sin una sociedad abierta, Occidente no puede prosperar, pero sin igualdad no puede durar”. A diferencia de los otros autores, Emmott no cree que Asia desplazar a Occidente. (Puede ver el video de mi entrevista a Bill Emmott en www.EfectoNaim.com).

Los pronósticos de una China que logra convertirse en una potencia hegemónica a nivel global subestiman las debilidades del gigante asiático. La realidad es que si bien el crecimiento económico de China es asombroso, y su progreso social indiscutible y la modernización de su ejército intimidante, sus problemas son igualmente abrumadores.

Ian Buruma, experto en asuntos asiáticos, mantiene que de los libros recientes sobre el auge de esa región, el peor es el del profesor Allison. Según Buruma, el autor evidencia una gran ignorancia sobre China y minimiza los problemas que plagan a ese país. A pesar de su acelerada expansión, la economía china es frágil y está llena de desajustes y distorsiones. La desigualdad económica se ha disparado y en las zonas rurales persiste una generalizada miseria. El país es un desastre ecológico donde cada año mueren más de un millón de personas por enfermedades causadas por la contaminación ambiental. Militarmente, China sigue estando muy por detrás de Estados Unidos.

Pero quizás la objeción más importante a la visión de una China convertida en líder del mundo es que su modelo autocrático es cada día menos seductor y difícil de sostener. Y un país políticamente inestable no es un buen candidato para prevalecer en las conflagraciones que pronosticó Tucídides.

Miembro distinguido del Carnegie Endowment for International Peace.

Twitter: @moisesnaim

Odiar la verdad

“Juntémonos para una buena odiada”.
GEORGE ORWELL

No pasa un día sin que el presidente de México promueva el odio. No pasa una mañana sin que use su púlpito para que tú empieces a despreciar a algún grupo de mexicanos. Ahora le toca a los científicos privilegiados, los investigadores abusivos, los cineastas vividores, los ladrones que mamaban de esa enorme ubre del Estado llamada fideicomisos. He ahí a un organillero humano, disparando propaganda, amplificada por las redes sociales, y con el mismo mensaje: odia, odia, odia. Y en su visión, el odio es justificable porque esos a quienes señala no merecen ser apoyados por el Estado. Son unas lacras ignominiosas. El enemigo no es el COVID-19 o la debacle económica. Son todos aquellos pintados con la brocha gorda de haber recibido “beneficios del viejo régimen”.

No importa que el fideicomiso dedicado a tu investigación haya sido auditado y transparentado hasta el cansancio. No importa que los recursos utilizados impulsaron a miles de becarios, lejos del privilegio y cerca de la movilidad social. No importa que el instituto en el cual trabajas se aboque a la innovación, a la biotecnología de punta, a proyectos que salvan vidas. Los detectores del Gran Líder ya determinaron que tu futuro debe ser el del ostracismo y la pauperización. Irma Eréndira Sandoval escribió un libro poco riguroso señalando el mal manejo de algunos fideicomisos, y como descubrió algunas manzanas podridas, convenció a AMLO sobre la necesidad de que

mar el huerto y linchar a quienes habían sembrado los árboles.

Impacta cuántos les creen sin verificar; cuántos repiten la cantaleta caudillesca sin analizar. Millones de mexicanos descontentos o preocupados o desasosegados por su situación agradecen los chivos expiatorios que el presidente les provee, sin examinarlos siquiera. Es cierto, como lo ha documentado Fundar, que los fideicomisos han permitido el uso opaco y discrecional de los recursos públicos. Muchos han sido difíciles de fiscalizar y fueron adiestrados en el arte de desaparecer dinero. Pero también es cierto que su extinción masiva y radical tampoco es la respuesta adecuada. No demuestra un esfuerzo por corregir, sino un deseo de santanizar. No se basa en un diagnóstico diferenciado, sino en un desprecio generalizado. El Gobierno lopezobradorista no parece guiado por la seriedad, sino por la irracionalidad.

O por una racionalidad muy distinta a la que guía los procesos democráticos, los ejercicios transparentes, las obligaciones de transparencia. Con el argumento de que los apoyos ahora “serán directos”, lo que se busca es control. Sustituir la revisión institucional por la voluntad presidencial. Todo director de un instituto de investigación, todo científico, todo deportista, todo periodista o defensor de derechos humanos tendrá que ir con la palma extendida a Palacio Nacional a pedir ayuda. Y al hacerlo, descenderá de ciudadano autónomo a cliente subyugado; de crítico a comparsa. Porque los recursos no serán entregados en función de la viabilidad, o la

excelencia, o el impacto social, o la contribución al conocimiento. El presidente no pagará para que le peguen. Pagará para que lo alaben. O guarden silencio.

Como lo hacen quienes han abdicado al pensamiento independiente, y celebran la eliminación de los fideicomisos, pero no pierden el sueño sobre el aumento en adjudicaciones directas de contratos gubernamentales a los cuates de la 4T. Embisten a científicos por “robarse” el dinero, pero no tienen problema con que Siervos de la Nación lo desvien. Aclaman el fin de la opacidad de los 68 mil millones de pesos de los fideicomisos, pero no dicen ni pío sobre el 42 por ciento de los programas sociales -con un presupuesto de 272 mil 300 millones de pesos- que no tiene reglas de operación, ni forma de ser evaluados. Aceptan argumentos contradictorios -los recursos seguirán fluyendo a los beneficiarios, pero hay que quitárselos para destinarlos al sector salud- sin cuestionar que ambas cosas no pueden ser ciertas al mismo tiempo. Aceptan, porque AMLO lo afirma, que dos más dos son cinco.

Así, la propaganda va sustituyendo a la realidad; el desconocimiento al discernimiento; la abdicación a la autonomía. Denostar de tajo a todos los fideicomisos se vuelve otra táctica con la cual AMLO ostenta el odio a quienes rehúsan alinearse. Y usa el poder para mutilar la verdad.

ÁTICO

El odio ahora es contra los fideicomisos, contra quienes no quieren alinearse. El mensaje sigue: odia, odia, odia para borrar la verdad.

Arturo González

URBE Y ORBE

Turquía sacude el tablero

Si infancia es destino para una persona en el freudismo, geografía es mandato para un estado en la geopolítica. Uno de los mejores ejemplos de ello es Turquía, cuyo Gobierno actual busca recuperar algo de la influencia otomana del pasado y asumir un papel de potencia regional indiscutible, lo que le ha llevado a involucrarse directa o indirectamente en un número creciente de conflictos y tensiones. El apoyo de Ankara a Azerbaiyán en su nueva escalada bélica con Armenia es apenas la más reciente de una larga lista de injerencias turcas que han generado lo mismo la percepción de ser una potencia necesaria para negociar la estabilidad regional que la desconfianza de socios y aliados y el recelo de viejos rivales.

Turquía se encuentra al noroeste del Pentálaso (cinco mares), la región más estratégica del globo: punto de unión de tres continentes, entre los mares Caspio, Negro, Mediterráneo y Rojo y el golfo Pérsico; zona de encuentro de pueblos, lenguas y religiones con larga historia de civilizaciones, migraciones y conflictos; escala de la vieja y nueva Ruta de la Seda, y región de abundantes recursos energéticos. Esta relevancia geográfica fue determinante para la expansión del Imperio turco otomano desde el siglo XIV, que en la cúspide de su poder dominaba desde el cuerno de África hasta los Balcanes y desde Argelia hasta Mesopotamia. Tras la toma de Constantinopla en 1453 bloqueó a los nacientes estados europeos el paso a Asia y los empujó a buscar nuevas rutas marítimas, lo que desembocaría en la conquista de América. El sultán Mehmed II llegó a reclamar el título de Emperador de Roma (Kayser-i Rüm, en turco), legado que también disputó Iván III, gran príncipe de Moscú, quien estaba casado con Sofía Paleóloga, sobrina de Constantino XI, último emperador romano de Oriente. Este hecho se encuentra en los orígenes de una prolongada rivalidad entre rusos y turcos que se tradujo en una docena de guerras a lo largo de cuatro siglos.

El Imperio otomano fue una de las potencias perdedoras de la Primera Guerra Mundial, tras la cual terminó por desmembrarse hasta desaparecer en 1922. Un año después nació la Turquía que hoy conocemos y que, con sus

cerca de 85 millones de habitantes, posee la decimotercera economía más grande del mundo y la cuarta fuerza armada con mayor capacidad de fuego de la OTAN, lo cual refuerza su papel de potencia emergente y aliado necesario, aunque incómodo. Y es que poco después de su arribo a la presidencia en 2014, tras un decenio como primer ministro, Recep Tayyip Erdogan ha emprendido una agresiva estrategia de reposicionamiento geopolítico basada en tres pilares: nacionalismo turco, religión islámica suní y revisionismo de la pasada influencia otomana.

Su política exterior, que oscila entre la diplomacia y el intervencionismo abierto, ha llevado a Ankara a enfrentar sus intereses con potencias europeas, EUA y Rusia. A la par, ha desplegado una estrategia de poder blando con la exportación de series y telenovelas a todo el mundo y presencia diplomática en África y América Latina con fines de cooperación e influencia. No obstante, el ánimo que prevalece respecto a Turquía hoy es que “es una de los principales factores de inestabilidad en Asia Occidental y el Mediterráneo Oriental”, como dice Pablo Sapag, profesor e investigador de la Universidad Complutense de Madrid y autor del libro Siria en perspectiva. Y “tiene que ver”, agrega, “con las ambiciones geopolíticas del Gobierno de Erdogan e incluso de buena parte de la clase política turca”.

En 15 años, Ankara ha pasado a una política de “cero conflictos” con sus vecinos a estar presente en casi todos los frentes abiertos en su zona de influencia. En Siria ha respaldado a los grupos islamistas que desafían al Gobierno de Bashar Al Asad, ayudado a su vez por Rusia e Irán. También en Siria ha emprendido ofensivas contra los kurdos, quienes han sido apoyados por EUA para hacer frente al Estado Islámico. En Egipto, ha brindado ayuda a la organización islamista Hermanos Musulmanes frente al actual Gobierno de Abdelfatah Al Sisi. En Libia, da soporte militar al Gobierno del Acuerdo Nacional contra el Ejército Nacional Libio que comanda Jalifa Hafter, quien ha recibido ayuda de mercenarios de Rusia. En el Mediterráneo Oriental mantiene un pulso con Grecia por tres razones: el apoyo de Ankara a la secesionista República

Turca del Norte de Chipre; la movilización de refugiados sirios a las costas griegas (usada como arma política por Erdogan), y el reclamo de Turquía sobre los derechos de explotación de gas natural en el mar Egeo. Además, mantiene una relación ambigua con Israel, que es de tensión por Palestina, y de acercamiento por Siria.

En el Cáucaso es abierto el apoyo que el estado turco brinda a Azerbaiyán (nación de mayoría musulmana y túrquica) para la recuperación de Nagorno-Karabaj, territorio ocupado por armenios, de mayoría cristiana, que han declarado su independencia para unirse a Armenia, que tiene un pacto militar con Rusia. Este conflicto adquiere relevancia debido a que el Cáucaso se encuentra en una importante zona de explotación y distribución de hidrocarburos. Pero, como dice Sapag, no se puede olvidar “el trasfondo histórico del genocidio armenio de hace un siglo”.

El resurgimiento geopolítico de Turquía debe leerse dentro del contexto de un estancamiento económico que ha obligado a Erdogan a ceder posiciones a facciones nacionalistas e islamistas (no podemos perder de vista la conversión de Santa Sofía en mezquita) y la decadencia de la hegemonía estadounidense en el mundo; el rechazo de la Unión Europea de aceptar el ingreso de Turquía; las sacudidas políticas y sociales de la última década en el mundo musulmán, y la creciente influencia de otros actores en la región, como Moscú, con quien Ankara sostiene una extraña relación que va desde las diferencias de visiones estratégicas hasta el pragmatismo militar y energético, a la vez que mantiene sus vínculos con EUA vía la OTAN. No obstante, plantea Sapag, estas complejas redes de intereses y tensiones a la postre se convierten en los contrapesos para que Turquía “al tiempo que actúa con una aparente irresponsabilidad, sea capaz de llegar a acuerdos”, como se ha visto en Siria, por ejemplo, y que “no termine por convertirse en un agente destabilizador únicamente”. La pregunta es ¿qué tanto estirará Turquía la liga en sus nuevas ambiciones de potencia?

Twitter: @Artgonzaga
E-mail: agonzalez@grupopunto.net



El Siglo de Torreón

PERIÓDICO REGIONAL DEFENSOR DE LA COMUNIDAD

ANTONIO DE JUAMBELZ Fundador	ENRIQUETA MORALES DE IRAZOQUI Vicepresidenta del Consejo
PATRICIA GONZÁLEZ-KARG DE JUAMBELZ Presidente del Consejo	ALFONSO GONZÁLEZ-KARG DE JUAMBELZ Director General Adjunto
ANTONIO GONZÁLEZ-KARG DE JUAMBELZ Director General	MARÍA DEL SOCORRO SOTO NAVARRETE Subdirectora de Finanzas
ENRIQUETA IRAZOQUI MORALES Directora de Operaciones	YOHAN URIBE JIMÉNEZ Subdirector Editorial

Dentro de su programa, El Siglo de Torreón pugnará:

- Por un crecimiento ordenado y sano de la zona urbana
- Por que la policía sea una garantía social
- Por la disminución de los “tabaretes”
- Por el aumento de escuelas y fundación de bibliotecas
- Por la prosperidad de La Laguna

- Por que todos tengamos como norma que favorecer los negocios de la Comarca es contribuir al engrandecimiento de nuestros propios negocios
- Por llevar al ánimo del Gobierno Federal la idea de que: “La Provincia también es México”.
- Por la conservación del lecho del río Nazas
- Por la preservación del medio ambiente

Suscripciones:
Trimestral \$699.00
Semestral \$1,299.00
Anual \$1,999.00
1 año y medio \$3,199.00

Consúltenos en Internet
www.elsiglodetorreon.com.mx

I.S. o asterisco (*) significa inserción solicitada
Cert. L. de T. Sec. de Gob. No. 413, Cert. L. de C. Sec. de Gob. No. 204
Reserva de derechos de autor
No. 04-2017-062915550500-101